

DEFENSA DE LA DEMOCRACIA

A la hora en que la bomba terrorista estallaba en la cafetería de la calle de Goya, de Madrid, estaban reunidos ante las cámaras de televisión unos políticos, Gil-Robles, Carrillo, Jiménez de Parga, y dos periodistas, Balbín y Cándido. Habían ido a "La clave" a hablar de sistemas políticos, en torno a la película "¡Viva Zapata!". Las dos horas de la proyección apenas las pudieron dedicar a la película. Estaban en contacto con el mundo exterior, con el país que a esas horas, desde el día antes, debía contar ya diecisiete muertos. El teléfono había contado a Santiago Carrillo que una manifestación de reacción había intentado el asalto a la sede de su partido en la calle de Castelló. Otro grupo había llegado a la de la CNT, en la calle de la Libertad, pero había demasiada gente dentro y pudieron obligar a huir a los asaltantes. El día antes, los bárbaros habían asesinado a cuatro militares. Ese mismo día habían sido enterrados, entre gritos de acusación al poder, al Gobierno, agresiones a la prensa. Inculpaciones a los partidos políticos, al Parlamento. Los políticos, los periodistas, se situaron ante las cámaras con lo que indudablemente tenía que ser una angustia, una desazón. Pero no podían hablar de ello. "Aquí hemos venido a hablar de otra cosa", dijo, como exordio y advertencia, Balbín (probablemente no por su cuenta, probablemente contra su instinto de periodista; y de ciudadano). La "otra cosa" eran los sistemas políticos. Precisamente aquello que en la calle se estaba tratando con bombas, tiros, agresiones, insultos, gritos, cordones de Fuerza Pública, entierros, viajes precipitados de ministros, asaltos a los partidos. Ninguna televisión democrática hubiera desperdiciado esa ocasión, aquel servicio al país que se hubiera podido prestar: grandes políticos de muy distintas ideologías, periodistas profesionalizados en el comentario político, hubieran podido ser los primeros en poner una nota de serenidad y entereza en un momento de asalto a la democracia, en una situación emocional, en un momento de riesgo. Aquí no se pudo hacer. La rigidez, el miedo, la censura, la abstención; la especie de malthusianismo político que impide el nacimiento, crecimiento y desarrollo de nuestra vida política, los residuos de franquismo que se imponen, sobre todo en momentos especiales, a los reflejos democráticos, lo impidieron. Es un síntoma de algo que está pasando, y que quizá tenga más importancia de fondo que el terrorismo y el contraterrorismo. Los políticos tuvieron que hablar como si no estuviera pasando todo lo que estaba pasando. Antes, durante, después de la emisión, volverían a la realidad. Pero ante las cámaras, Manuel Jiménez de Parga, aprovechando que pasaba por allí un atónito suizo, prefirió llevarse el debate hacia el fascinante tema de si Suiza era o no era una verdadera democracia. Pero no sin antes proferir una injusticia —señalada entre algunas otras de menor trascendencia—: la de que España es una democracia en un país donde los ciudadanos no son demócratas. Lo que estaba pasando en la calle no era eso, sino todo lo contrario. Un país de demócratas sin suficiente democracia estaba siendo agredido por las bombas, los gritos, los insultos de los enemigos de la democracia.

COMO en los tiempos de la censura, como en estos tiempos de censura, los políticos se esforzaban en decir lo que no podían decir, lo que no les dejaban decir, lo que hubiese sido necesario decir: que este régimen tiene que asen-

tarse y desarrollarse sobre el diálogo, sobre el entendimiento, que no quiere decir connivencia sobre los mínimos básicos. Se hacían ejemplo ellos mismos: la insistencia con que se nos señalaba la proximidad y la conversación entre Gil-Robles y Carrillo —los dos únicos supervivientes, de entre los que había allí, de la guerra civil—, las señales mutuas de respeto, la atención de la escucha, el subrayo de coincidencias... El mensaje tenía que llegar por encima de las prohibiciones y, como podía, iba llegando.

TUVO Santiago Carrillo que hacer una definición de lo que entendía por Gobierno de coalición, su eterna insistencia, y halló una fórmula clara y adecuada. Hay momentos, vino a decir, en los que simplemente se debe trazar una línea divisoria entre lo que supone democracia y lo que es la antidemocracia. Hay muchas más razones para formar una relativa unidad —de mínimos— entre partidos de origen y pensamiento socialista, marxista, y otros cuya entidad política es el capitalismo, la libertad de mercado, la concurrencia, cuando entre todos tienen que defender la democracia. A esas horas, las metrallas, las bombas y las cargas de explosivos habían actuado tanto contra los partidos marxistas y socialistas



Algunos asistentes al entierro de los militares asesinados hacen el saludo ultraderechista.

como contra el Gobierno actual. El punto de ataque, el objetivo, era una pura cuestión de táctica. Y a esas horas el terrorismo había logrado parte de su efecto táctico y estratégico al conseguir que los mismos manifestantes que asaltaban la sede del Partido Comunista profirieran gritos de acusación contra el Gobierno, su presidente y el vicepresidente teniente general Gutiérrez Mellado. Estaban dando la razón a las palabras de Santiago Carrillo.

NO va a haber, naturalmente, un Gobierno de coalición. Hay razones que lo impiden. Razones externas, razones internas. No es ni siquiera aconsejable en democracia pura; ni siquiera en una democracia tan impura como ésta. Hace falta una oposición clara de la izquierda. Si la oposición

UNA DEMOCRACIA PARA SER VIOLADA

ESCRIBE monseñor Tarancón en su "Carta cristiana" que "el espectáculo que nos ofrecen las democracias actualmente no es demasiado halagüeño". Ni el de las teocracias: la de Jomeini o la de del general Zia son peores. Y el Imperio de Bokassa I. Y las dictaduras de Pinochet y de Videla. El espectáculo que nos ofrecen regímenes como el de Nicaragua o El Salvador son, francamente, menos halagüeños. Ni lo son los de los países socialistas... Puede decirse, en realidad, que la vida no es un espectáculo demasiado halagüeño. Y no sólo hoy. Ayer tampoco lo era. Ni anteayer. Ni en la época en la que los antidemócratas utilizaban el espeluznante pareado de "Tarancón al paredón". Que, felizmente, se ha pasado de moda. Por eso el cardenal matiza que la "sociedad democrática, precisamente por ser la menos mala, es la más compleja y la más difícil de realizar". Para ello "necesita un requisito previo: un nivel cultural medio en los individuos y un rearme moral en las conciencias". ¿Será, entonces, que no estamos maduros, como se decía antes? Pero la verdad es que la madurez y la moral, la cultura sólo se pueden conseguir plenamente cuando se ha conseguido plenamente la democracia. Quizá lo que estamos pagando ahora no es la democracia, sino la falta de democracia durante tanto tiempo: la falta de una libertad y de una extensión en la cultura, la falta de una libertad en el examen amplio y serio de los temas de la ética, de la moral, de la conciencia.

Una de las complejidades para el establecimiento de la democracia es esta figura de la retórica política por la cual los actos salvajes de los enemigos de la democracia se convierten en acusaciones contra la democracia. Algo tan absurdo como si en los casos de violación se culpaba a las muchachas por tener un sexo violable. ¿Si fueran hombres, no les pasaría eso! ¿Y no será culpable el atracado por salir a la calle para que le atraquen? Tan pronto se culpa de debilidad a un Gobierno que aumenta cada día los efectivos de la Policía y emite un Decreto-Ley severo que coloca al frente del Ministerio del Interior a un general enérgico como se acusa a unos partidos políticos que viven, desde su legalidad, en la impotencia de la oposición, sin un solo cargo en la Administración pública; con sólo unos Ayuntamientos a los que rápidamente se ha privado de su antigua condición de organizadores del orden público. O se culpa a los desnudos en cines, teatros y publicaciones, a los anticonceptivos, a los que ponen puestos en las calles...

Todos los que están en esta campaña lo están, precisamente, por la democracia. Es a ella a la que deben libertad para expresarse contra ella misma. Parece que en esto consiste la grandeza de la democracia. Y su servidumbre. ■

POZUELO



Hay un asalto organizado contra la democracia, un atentado que se dispara desde unas bandas de asesinos que emiten una ideología aparentemente de izquierda (la cafetería madrileña tras la explosión).

de la izquierda se concierta con la "minoría mayoritaria" que trata de gobernar dará una sensación de abandono a quienes la votan, y adquirirá el desgaste del Gobierno sin poder dirigir el país. Por otra parte, la "minoría mayoritaria" trabaja sus alianzas en el sentido contrario; necesita ser una oposición a la oposición, una barrera contra cualquier forma, aun atenuada, aun reducida, de socialismo. Es su justificación exterior e interior. Su política ha sido la de ir reduciendo a una "minoría mínima" a la extrema derecha, surgida del mismo tronco que ella. Lo ha conseguido desde un punto de vista político, aunque el poder que despliega esa minoría mínima es todavía temible, sin relación con su número.

PERO es preciso que las palabras de Santiago Carrillo no se olviden, que se tengan en cuenta en esta coyuntura. Hay un asalto organizado contra la democracia, un atentado que se dispara desde unas bandas de asesinos que emiten una ideología aparentemente de izquierdas, para producir la amplificación y la reacción de los otros enemigos de la democracia. La situación va teniendo una urgencia. Y es concretamente en ese caso, ante esta amenaza común, en el que deben buscarse acuerdos conjuntos. Si se pone al país en la tesitura de elegir entre democracia y antidemocracia, todos aquellos que coinciden en que el país tiene que ser antes que nada una democracia deben coincidir en las medidas de defensa.

Y la defensa de la democracia sólo se puede conseguir reforzando, precisamente, todo lo que tiene de positivo, de original y de característico la democracia. Es algo que el Gobierno administra con demasiada avaricia. ■